

Homilía para la Eucaristía de comienzo de curso en la Facultad de Teología de Granada

Celebrada el 2 de octubre de 2007, día de los Santos Ángeles Custodios

Es verdad que el tratado sobre los ángeles está muy poco desarrollado en nuestra reflexión teológica. Hay dificultades específicas que hacen más difícil su elaboración. Sin embargo, la Iglesia siempre ha admitido la existencia de estos espíritus, que están por encima de los seres humanos y al servicio por completo de Dios.

Su función aparece con mucha frecuencia en la Escritura. Son mensajeros del Señor; mediadores para comunicar a los hombres un mensaje concreto; portavoces fieles de las exigencias y llamadas que recaen sobre sus elegidos. Están en contacto cercano con la divinidad, de la que reciben sus misiones y servicios, para manifestarlos después a los destinatarios. Incluso, aparecen como el ejército de Yahvé, el supremo jefe militar que defiende a su pueblo elegido.

Pero es una contemplación que se hace apostólica, misionera y protectora para las personas a las que van dirigidos. Llama la atención que, en el Nuevo Testamento, hayan sido los embajadores para comunicar los dos grandes acontecimientos salvíficos: el anuncio gozoso de la Encarnación y nacimiento de Jesús; y la alegre noticia de su triunfo pascual.

El hecho de que la inauguración del curso se celebre en esta fiesta, nos da pie para que descubramos la analogía que puede existir entre la función de los ángeles y la tarea que incumbe a la reflexión teológica y, más en concreto, a una institución como la Facultad de Teología.

Es cierto que la teología es un intento por hacer razonable y comprensible el misterio del Dios revelado en la persona de Jesús. En este sentido, los esfuerzos humanos para transmitir estas verdades trascendentes son una exigencia del trabajo teológico. Pero semejante intento sólo se realiza desde la experiencia profunda de Dios, que hace posible la revelación de aquellas cosas que oculta a los sabios e inteligentes y se las comunica a los pequeños (Mt 11,25). La función angélica no se centra solo en ser mediadores. Esta función llegan a cumplirla porque viven en la presencia de Dios, contemplando cara a cara su rostro. El gozo y la adoración de Dios es la fuente de toda su actividad posterior, la explicación de ser sus mejores colaboradores.

Una dimensión que nunca se podrá olvidar en nuestra tarea teológica. Desde el comienzo de la alianza con el pueblo elegido, Yahvé impuso el precepto de no hacer imágenes suyas para no empequeñecer con figuras humanas lo misterioso e incomprensible. La prohibición debería aplicarse también a ciertas imágenes inte-

lectuales, que podrán justificarse con esquemas humanos, pero que no responden a una experiencia sobrenatural. El teólogo, como todo creyente, debería primero quedar ungido por el soplo de Dios, antes de buscar la explicación coherente de la verdad revelada. Más que una ciencia profana es el fruto de una sabiduría que Él comunica a los que permanecen abiertos a una iluminación superior, porque “la necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres” (1Cor, 1,25). Ya hace algunos años, K. Rahner se atrevió a decir que el creyente del siglo XXI sería un místico o sería difícil mantener su fe. Una expresión que partía de este convencimiento. Solamente podemos fiarnos de Dios y aceptar su palabra en la medida en que se sienta y se guste la brisa del Espíritu. Una teología sin oración es como una siembra sin agua, que nadie se preocupa de labrar. De un campo sin riego y sin cultivo nadie puede esperar una buena cosecha. También para enseñar y aprender teología hay primero que estar muy cerca Dios.

Pero nuestra vocación no se reduce solo a una experiencia contemplativa. Como los ángeles, hemos de ser mensajeros de lo trascendente y sobrenatural. La enseñanza que recibimos tiene una misión apostólica: hacer presente en nuestro mundo la buena noticia de la revelación. Para ello, hay que guardar un equilibrio difícil entre la verdad de Dios, que no podemos adulterar, y el lenguaje humano que la haga comprensible. Lo divino que no se traduce y encarna se vuelve todavía más incomprensible, como si se tratara de mitos que no tienen nada que ver con nuestra realidad, o se utilizara un lenguaje desconocido que resulta indescifrable. Una verdad que se hace ridícula e inoperante para el que la escucha, como hoy, por desgracia, sucede con frecuencia.

A lo largo de toda la historia, la Iglesia ha querido realizar este trabajo de traducción, como ya lo hicieron los autores sagrados, cuando aplicaban su inspiración a un contexto cultural tan lejano al que hoy vivimos. Un esfuerzo que se ha ido repitiendo, con mayor o menor éxito, en las diferentes etapas y circunstancias históricas con las que ha tenido que enfrentarse. Aquí radica hoy nuestra gran tarea y el gran desafío que tenemos por delante.

No se necesita realizar ningún análisis sociológico para constatar el enorme desfase que hoy existe entre las enseñanzas de Dios y su aceptación en nuestro mundo de hoy. Los estudios recientes sobre la situación religiosa en España no despiertan ningún optimismo. El descenso de los católicos no practicantes continúa de forma progresiva, mientras que el aumento de la indiferencia sigue en aumento. En Europa y, también en España, nos encontramos ante un cambio radical que podríamos formular así: hemos pasado de la *búsqueda de una mejor respuesta a la inquietud religiosa, a la preocupación por la ausencia de la misma pregunta.*

Este panorama haría las delicias de Nietzsche, que vería confirmada su proclamada muerte de Dios. De ser así, surgen nuevos interrogantes: ¿es que el corazón inquieto del hombre, del que hablaba San Agustín, se ha parado? ¿es que

el Oyente de la Palabra, al que se refería K. Rahner, se ha quedado sordo? ¿es que el buscador apasionado e incansable que, según Unamuno, es el hombre, está satisfecho? ¿es que el ser utópico, en quien pensaba Bloch, se ha adaptado o resignado? ¿no nos enfrentaremos, con un problema de “falta de cobertura” (utilizando el lenguaje de los teléfonos móviles) de la “empresa de comunicaciones”, es decir, con la incapacidad de la Iglesia para llegar a los mundos vitales con un mensaje que “traducido” entiendan?

La fe es una apuesta por Dios, como el dinero que una persona arriesga en un lance de juego. Podemos ganar o perder. Si no existiera ese riesgo, creer en su palabra se convertiría en una evidencia que eliminaría el valor de esa entrega confiada. Pero no es tampoco una decisión absurda e insensata, porque nos apoyamos en una palabra que se nos ha revelado, sobre todo, por la persona de Jesús.

A este mundo postcristiano, que a primera vista no desea ningún contacto con lo religioso, a pesar de su nostalgia por todo lo esotérico, hay que hacerle presente la verdad revelada. La Iglesia ha descubierto también en los signos de los tiempos, por muy negativos que aparezcan, pequeñas semillas que nos hablan de la nostalgia y apertura hacia lo trascendente. Hay que descubrir su valor para abrir aún más ese horizonte, con un lenguaje que responda a sus deseos más profundos, con una sensibilidad que no hiera más de la cuenta un cambio de esquemas, para que descubran que es posible una sintonía con los de Dios. Una palabra que no tendrá eficacia, mientras no sea fruto de una experiencia sobrenatural, reflexionada y nombrada. La fe necesita de la razón y la razón, una vez que ha encontrado sus límites, necesita de la fe, como nos invitó a descubrir Juan Pablo II en la encíclica que titulaba con estos dos términos.

Queridos Profesores... la Iglesia os necesita para realizar un dialogo fecundo entre la oferta gratuita de Dios y la respuesta razonable del hombre del siglo XXI. Soy consciente de que es un trabajo arduo realizado en la soledad del estudio y en la irrelevancia social y muchas veces incomprendido desde dentro y desde fuera de la Iglesia. No os desaniméis. Pensad que gracias a vosotros la parte más sencilla del Pueblo de Dios que se interroga y quiere poner palabras razonables a su experiencia religiosa puede encontrarlas. Sois un servicio a la Iglesia impagable. ¡No tengáis miedo!.. de explorar propuestas creativas, necesarias en tiempos de incertidumbres y oscuridades. No puedo dejar pasar esta oportunidad para agradecer a la Compañía de Jesús que mantenga esta Facultad, la única en Andalucía, como plataforma para que podáis investigar y enseñar la Teología.

Queridos alumnos... la Iglesia necesita que sepáis Teología. Para realizar cualquier tipo de profesión en nuestros días se necesita una adecuada y rigurosa formación. Los que estudiáis aquí os sentís llamados a realizar diferentes servicios a la comunidad eclesial. No podéis, por fidelidad a la llamada de cada uno, dejar pasar los años de estudio sin exprimir las posibilidades y capacidades de cada uno al máximo. Os digo, desde el afecto más sincero, que de vuestra preparación aca-

démica dependerá la calidad y calidez de vuestro servicio a los demás, en especial a los más desfavorecidos, a aquellos que no han tenido la oportunidad de explorar intelectualmente las preguntas y las respuestas que habitan en el corazón de cada uno. De vuestra formación depende el que podáis acompañar adecuadamente preguntas y respuestas que tienen que ver con lograr o malograr la vida. Tomaros en serio el estudio porque este es el mejor termómetro de verificación vocacional.

Querida Facultad, cuando inicia su andadura este nuevo curso académico, "Id y contad... lo que habéis visto y oído" (Lc 7,22), lo que habéis estudiado, reflexionado y orado. ¡Ánimo! Que el Espíritu de Dios, compañero para alcanzar la sabiduría, esté cerca de todos y cada uno de los que la componéis.